

Introducción

Imaginarios Socioliterarios

Cristina Bastidas Redin
Irene Villaescusa Illán

En estos tiempos turbulentos, quizá lo primero que se nos ocurre es imaginar la literatura como un oasis intacto, un último refugio donde el poder aún no ha logrado instalarse y desde el cual podríamos sobrevivir a la violencia del mundo. Tal imagen, sin embargo, resulta ingenua. Los escritores, los literatos, las letras que decidimos incluir y aquellas que conscientemente suprimimos responden a elecciones profundamente inscritas en nuestro habitar el mundo como sujetos atravesados por la clase, la identidad, el género, el territorio y sus historias de dominación. Nombrar algo —en el poema, en la novela, en el ensayo— y, en consecuencia condenar otras realidades al silencio y la opacidad, es siempre un acto político. La ausencia de palabras se aproxima peligrosamente a la muerte: lo que no se nombra, ¿acaso existe?

La filósofa Marina Garcés ha señalado que vivimos bajo el influjo de un gran relato apocalíptico que alimenta imaginarios fatalistas al tiempo que erige la innovación técnica y el imperativo mercantil como únicas salidas posibles. En un planeta que parece desmoronarse al compás de la concentración obscena de la riqueza, la representación del colonialismo en clave neoli-

beral y la crisis ecológica sin precedentes, la palabra corre el riesgo de limitarse a anunciar el fin. No obstante, la inquietud que comparte Garcés apunta precisamente a ese vaciamiento: cuando el discurso se obsesiona con la catástrofe, deja de hablar de la vida que resiste, de las posibilidades que se inventan al margen del mercado y de la Historia con mayúscula, las que nos preceden y las que todavía estamos escribiendo al insistir en habitar el presente.

Así, en este número pretendemos encaminarnos hacia la discusión de los imaginarios presentes en la literatura ecuatoriana y latinoamericana que sustentan la vida y que son testimonio de la vitalidad de la literatura en ese contexto de necropolítica. El capítulo introductorio de Irene Villaescusa Illán sostiene que los imaginarios sociales y literarios no están separados, los dos se producen, se cuestionan y se transforman a sí mismos. Ella nos recuerda que la capacidad de imaginar precede a la capacidad de crear, y que escribir es, por lo tanto, crear mundo. Insiste en que tanto la imagen visual como la imagen poética —mediada por la palabra— comportan todo el poder de representarnos, y pueden hacerlo justa e injustamente. Su artículo nos anima a reconocer el poder que tienen los imaginarios literarios precisamente para vislumbrar las experiencias de los borrados del imaginario, y por tanto a contra-imaginar.

Dos artículos de esta serie exploran la historia de esos imaginarios literarios en Ecuador. El artículo de Ximena Grijalva menciona que la literatura en el siglo XIX ayudó a nombrar ese paso de la sociedad colonial estamental hacia la conformación del estado nación en Ecuador. Su artículo señala el papel que tuvieron los intelectuales y literatos del siglo XIX en la construcción del Estado como “ciudad letrada” y en la consolidación de imaginarios de modernización que dominaron esta época. Por otro lado, el artículo de Pablo Meriguet nos habla de la trayectoria de la poesía social en Ecuador y la entiende como una suerte de voluntad expresada “en el acto consciente

de la escritura en donde el yo poético se transforma en el nosotros poético". Así esencialmente, desde su punto de vista la poesía social en Ecuador está dada por un conjunto de movilizaciones, insurgencias, luchas sociales, anti imperialismo y que esto obligó a los autores a arrastrarse por esas corrientes.

En esta serie también se recojen discusiones más contemporánea de la literatura ecuatoriana. En concreto, estos textos señalan las aportaciones de actores sociales que hasta el siglo XX fueron invisibilizados pasan a ser fundamentales en la literatura contemporánea: los imaginarios de pueblos originarios y los de las mujeres escritoras. Ambos han editado, publicado y atravesado fronteras transformado sus experiencias y modos de ver el mundo en verdaderas obras de arte para el público latinoamericano y europeo. La aportación de Paula Espinosa nos hace reflexionar sobre qué son los imaginarios del miedo a través de la obra cuentística de Maria Fernanda Ampuero. En concreto, el análisis de una cuidadosa selección de cuentos, nos ayuda a entender "el sistema narrativo intencional" de esta autora para codificar el horror y lo grotesco en la violencia sexual contra las mujeres y también contra los hombres. Esta violencia se vuelve más terrorífica por su universalidad, ya que se esconde, a plena luz del día, en los espacios domésticos más íntimos. Apoyados por la lectura teórica de Espinosa entendemos que *Pelea de Gallos* no es un conjunto de relatos de entretenimiento, como se dice de la literatura de terror, sino un imaginario escalofriante de la realidad más inmediata que más que entretener, incomoda.

El artículo de Patricia Ricaurte, por su parte, recupera la oralidad y la ancestralidad de las culturas afro en su singularidad ecuatoriana de la región de Esmeraldas. Lo hace mediante un análisis sociolingüístico de la novela *Fiebre de Carnaval* de Yuliana Ortiz. Este artículo demuestra que la literatura no es solamente un repositorio de alta cultura ensimismada consigo

misma, sino que es una “herramienta de reivindicación cultural”. El énfasis que el artículo pone en el estudio de los sonidos del dialecto afroecuatoriano presenta la literatura como un altavoz para los cuerpos y las lenguas vivas que la modulan conforme a sus ritmos.

Además de recuperar un imaginario de los territorios, las historias y las comunidades borradas, marginadas, pasadas y presentes, la literatura, y en concreto la ciencia ficción, también construye otras visiones de la realidad que nos ayudan a problematizar nuestra ética. Martín Aulestia, en su aportación a este número, defiende que la ciencia ficción es “un artefacto cultural capaz de anticipar, comprender y problematizar las relaciones contemporáneas entre tecnología, lenguaje, cerebro y sociedad.” De su estudio se desprende la idea de que de los imaginarios literarios de la tecnociencia y la neuroestética están motivados por la fantasía del progreso tecnológico. Esta fantasía no es más que un relato futurista reflejado, en la actualidad, por las ideas del transhumanismo. Entender el futuro tecnológico como un capítulo más del relato moderno colonial y del capitalismo como ficción puede despertar la consciencia de sus límites y abrir la posibilidad de construir un futuro más justo.

Por último, la aportación de Grace Merino y Jorge Luis Acanda nos descubre el vínculo de la música con el imaginario social, en concreto con el del amor romántico desde diferentes perspectivas y momentos históricos. Su análisis de una canción del guatemalteco Ricardo Arjona de los años 90 y del cubano Noel Ricola de los 70, precedida de un rico recorrido histórico bajo una lente feminista, subraya con eficacia las diferentes maneras en las que se conciben las relaciones amorosas entre un hombre y una mujer. En sus propias palabras, estos autores defienden que mientras que “el Romanticismo reaccionario construye una imagen sobre la mujer conservadora, el Romanticismo revolucionario construye una representación liberadora

sobre lo femenino". En ambos casos, la mujer sigue siendo el objeto de deseo y la musa de las canciones románticas populares.

Este brevísimo paseo por la literatura ecuatoriana de otros países vecinos nos muestra las luchas, fragmentaciones y resistencias que se han librado en este territorio de la aldea global y que han sido moldeadas por la palabra. La literatura actúa como un grito que marca el tenor de un tiempo que se fue y que vuelve. El colonialismo que veíamos superado con el nacimiento de las repúblicas sigue siendo denunciado hoy en las literaturas ecuatorianas que lo perciben como una fuerza que controla sus cuerpos, sus deseos, sus vidas. Unas luchas y resistencias que los poetas del siglo XX las veían en los partidos políticos, las luchas anti imperialistas y todo el clamor movilizador de la izquierda de esa época y que hoy sigue vigente en un mundo que no deja de explotar los recursos y que convierte al país en una periferia al servicio del consumo global. La literatura ecuatoriana y latinoamericana se coloca sobre ese escenario apocalíptico en el que parece que hay poco por hacer pero desde un talante transformador donde el placer de lo estético, el tiempo no productivo, la sonoridad y musicalidad, el baile, la diversidad parecen resistir a la homogeneidad capitalista global. Esperamos que este monográfico sobre imaginarios sociales y literarios nos sirva para afirmar una vez más que la literatura y la sociedad son indisolubles.

A pesar de la diversidad de trabajos que componen este número, no hemos podido hacer justicia a la rica y diversa literatura de Ecuador. Somos conscientes de que hay muchos autores ecuatorianos que autopublican sus obras o las publican en editoriales independientes y cartoneras, y que merecen mucha atención, pero que han quedado fuera de este proyecto. Esperamos enmendar esta situación con más publicaciones y en futuros encuentros. No queremos acabar esta introducción sin expresar nuestro más sincero agradecimiento a dos

escritores que nos acompañaron de diferentes maneras en el congreso del que deriva esta publicación. En primer lugar, agradecemos a Raúl Puma, poeta y profesor de la Universidad Central, su asistencia y participación en los debates del encuentro. En segundo lugar, y con especial cariño, agradecemos a Daniela Alcívar Bellolio, escritora, crítica literaria y directora del Centro Cultural Benjamín Carrión, que cerró los dos días de charlas en nuestra mesa redonda. Daniela nos orientó con gran lucidez sobre los caminos y los obstáculos del mundo editorial, nos habló de su compleja relación con la crítica y la academia y, también de su íntima relación con la escritura y las palabras.